



Rascal, mi tremendo mapache



Para Gladys, mi constante compañera
en la observación de nuestro mundo silvestre.

COLECCIÓN PLANETA ROJO

Título Original: Rascal
© del texto, Sterling North, 1963
© de las ilustraciones,
John Schoenherr
© de la traducción,
Nieves Morrón, 2006
© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Segunda edición en Chile | enero 2018
ISBN | 978-956-360-222-7

Impreso en China / *Printed in China*

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

Rascal, mi tremendo mapache

STERLING NORTH

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



Mayo

En mayo de 1918 entró en mi vida un nuevo amigo y compañero: un personaje, una gran personalidad, un prodigio de cola a franjas. Pesaba menos de una libra cuando le descubrí, hecho una bolita de piel, toda debilidad y curiosidad incipiente, indefenso, aún sin destetar. Wowser y yo nos sentimos sus protectores inmediatamente. Nos habríamos peleado con cualquier niño o perro del pueblo que hubiera intentado hacerle daño.

Wowser era un perro de guardia, excepcionalmente inteligente y responsable, que vigilaba nuestra casa, con sus céspedes y jardines, y todos mis animalitos. Pero a causa de su gran tamaño —setenta y ocho kilos de gracia musculosa y elegante— rara vez tenía que apelar a la violencia. Podía lanzar de una sacudida a cualquier perro del barrio como un terrier a una rata. Wowser nunca empezaba una pelea, pero después de que lo desafiaban, lo molestaban y lo ofendían, acababa por volver su cara preocupada y sus grandes ojos tristes hacia su atormentador, y, con más melancolía que cólera, agarraba al intruso por la piel del cuello, y lo tiraba al arroyo.

Wowser era un afectuoso perro San Bernardo, perpetuamente hambriento. Como la mayor parte de los perros de su raza, babeaba un poco. En casa, tenía que tumbarse con el hocico en una toalla de baño, y los ojos bajos, como ligeramente avergonzados. Pat Delaney, un tabernero que vivía un par de manzanas más arriba, decía que los perros San Bernardo babeaban por la mejor razón de todas las razones posibles. Explicaba que, en los Alpes, esos nobles perros se ponen en marcha todos los días de invierno con barrilitos de coñac atados al cuello, para salvar caminantes perdidos en los aludes de nieve. A fuerza de llevar coñac durante muchas generaciones, sin probar siquiera una maldita gota, han adquirido tal sed que babeaban continuamente. Este rasgo, decía Pat, ahora se ha hecho hereditario, y enteras camadas de cachorrillos San Bernardo, vivaces y sedientos, nacen babeando por el coñac.

Aquella agradable tarde de mayo, Wowser y yo nos pusimos en marcha por la calle Primera arriba, hacia la avenida Crescent, donde un semicírculo de casas de fines de la época victoriana disfrutaban una gran perspectiva en lo alto de la cuesta. Al norte quedaban millas y millas de prados, arboledas, un río con curvas, y el mejor pantano de patos y ratas almizcladas que hay en el condado Rock. Al bajar doblando por una vereda, ante el huerto y la viña de Bardeen, se veía en todas partes la marca de la primavera: violetas y anémonas en la hierba, y manzanos con las ramas llenas de prometedores capullos.

Por delante quedaban los nogales más productivos que jamás he saqueado, una buena charca para nadar en el riachuelo, y, en un trozo de bosque, una auténtica curiosidad: un tronco fosforescente que fulguraba de noche fuegos como presumidos, tan luminoso como todas las luciérnagas del mundo: fantasmal y aterrador para los muchachos que lo veían por primera vez. Una noche que volvía de pescar, me dejó atontado del susto, de modo que procuraba llevar a mis amigos por allí otras noches, no queriendo ser egoísta en mis placeres.

Oscar Sunderland me vio cuando pasaba ante su desolada granja, allá abajo por la vereda. Era un amigo mío que sabía muy bien estar callado cuando íbamos de pesca. Y nos uníamos para hacer de cazadores en el pantano. Su madre era una amable noruega que hablaba el inglés sin rastro de su acento, además de su lengua materna. Su padre, Hermann Sunderland, era otro nórdico: alemán por parte de madre y sueco por parte de padre, y con un temperamento y un dialecto muy personales.

La madre de Oscar hacía en su horno deliciosos pasteles noruegos, sobre todo hacia la Navidad. A veces, al ponerme delante un plato de sus golosinas, me decía algo cariñoso en noruego. Yo siempre me volvía para ocultar la vergonzosa humedad de mis ojos. La señora Sunderland sabía que mi madre había muerto cuando yo tenía siete años, y creo que por eso era especialmente cariñosa conmigo.

El viejo y duro padre de Oscar no presentaba tal problema. Dudo que hubiera dicho algo cariñoso a nadie en su vida. Oscar le tenía mucho miedo, y corría peligro de paliza si no estaba en casa a tiempo de ayudar a ordeñar.

Por mi parte, nadie se preocupaba de mis horas. A mis once años, yo era una persona muy responsable. Si volvía a casa mucho después de oscurecer, mi padre levantaba apenas los ojos de su libro para saludarme con vaga cortesía. Me dejaba vivir mi vida, criar marmotas y zorrillos en el corral y en el cobertizo, y mimar a mi cuerpo domesticado, a mis muchos gatos y a mi fiel perro San Bernardo. Incluso me dejaba construir en el cuarto de estar mi canoa, de dieciocho pies de largo. No había terminado del todo la armazón, de modo que todavía tardaría otro año por lo menos. Cuando teníamos visitas se sentaban en los sillones alrededor de la canoa. O contorneaban la proa para alcanzar las grandes estanterías de libros que siempre estábamos prestando. Vivíamos solos, y nos gustaba; cocinábamos y limpiábamos a nuestro modo, y no hacíamos caso a las indignadas amas de casa que decían a mi padre que esa no era manera de criar a un niño.

Mi padre asentía con amabilidad que eso podría muy bien ser verdad, y luego volvía a sus interminables investigaciones para una novela sobre los indios fox y winnebago, que, no sé por qué, no se publicó nunca.

—Voy a los bosques de Wentworth —dije a Oscar—, y no puedo ponerme en marcha de vuelta a casa antes que salga la luna.

—Espera un momento —dijo Oscar—. Necesitaremos algo de comer.

Volvió tan rápidamente con una bolsa de papel llena de pastelillos y de tarta de café, que comprendí que lo había hurtado.

—Te van a dar una paliza cuando vuelvas a casa.

—¡No importa, vamos ya! —dijo Oscar, con una sonrisa feliz extendida por su ancha cara.

Cruzamos el riachuelo por las piedras pasaderas de más abajo del dique. Los peces subían río arriba, porque era su temporada, y casi atrapamos uno con las manos cuando se abría paso entre las piedras. Las avefrías surgían bruscamente del agua superficial de las ciénagas, y gritaban como si se estuviera incubando una tormenta.

Wowser tenía muchas virtudes, pero no era un perro cazador. Por eso nos sorprendió mucho que, en los bosques de Wentworth, se pusiera como de muestra. Oscar y yo aguardamos silenciosamente mientras el gran San Bernardo, con sus enormes zarpas, avanzó pisando suavemente hasta la base hueca de un tronco podrido. Olfateó el agujero como examinando y luego se volvió y gimió, diciéndonos claramente que había algo vivo en esa cueva.

—Sácalo, Wowser —grité.

—No sacaré nada —predijo Oscar—. Es demasiado perezoso.

—Espera y verás —dije, por lealtad. Pero no aposté ninguna canica de cristal.

Un momento después, Wowser hacía volar el barro, y Oscar y yo le ayudábamos en un frenesí de excitación. Cavamos con las manos la tierra blanda, y usamos nuestras navajas cuando llegamos a las viejas raíces podridas.

—Apuesto a que es un zorro —jadeé, esperanzado.

—Probablemente una marmota vieja —dijo Oscar.

Pero no pudimos quedar más sorprendidos cuando una furiosa mapache madre saltó de su cubil, chillando de rabia y consternación. Wowser casi se cayó para atrás al evitar sus garras disparadas y sus tajantes dientecillos. Un momento después, la gran mapache se había abierto paso violentamente y subido a un delgado olmo. A nueve metros de altura, siguió chillando y regañando.

Ahora ante nuestra vista, en la cavidad, encontramos cuatro mapaches pequeñitos, quizá de un mes. Toda la camada de cachorrillos habría cabido cómodamente en mi gorro.

Cada cola tenía cinco anillos negros. En cada una de sus caritas resaltaba una máscara negra. Ocho ojos brillantes miraron a lo alto atisbándonos, llenos de asombro e inquietud. Y de cuatro boquitas preguntonas salieron preguntas en gemidos.

—¡Muy bien, viejo Wowser! —dije.

—Es un perro bonito el que tienes —admitió Oscar—, pero sería mejor que lo sujetaras.

—No les hará daño; él cuida de todos mis animalitos.

Efectivamente, el enorme perro se había sentado, con un suspiro de satisfacción, todo lo cerca posible del nido, dispuesto a adoptar a una o a todas esas interesantes criaturillas. Pero había un solo servicio que no podía prestar. No era capaz de amamantarlas.

—No podemos llevárnoslos a casa sin su madre —dije a Oscar—. Son demasiado pequeños.

—¿Cómo vamos a cazar a la madre? —preguntó Oscar.

—Echémosla a fósforos

—¿Y luego qué?

—Al que le toque el fósforo más corto, se sube al árbol y la caza.

—Ah, no —dijo Oscar—. Ah, no, nada de eso. No estoy tan loco.

—Vamos allá, Oscar.

—No, señor.

Pero precisamente en ese momento los cuatro mapaches pequeños lanzaron tales quejas temblorosas que nos sentimos todos desgraciados. Teníamos que cazar a esa mapache madre. Wowser estaba tan triste como yo. Levantó su gran hocico hacia el cielo del atardecer y aulló lúgubrementemente.

—Bueno —dijo Oscar, dando puntapiés en la tierra fresca—, mejor será que me vaya a casa a ayudar a ordeñar.

—¡Miedoso! —me burlé.

—¿Quién es el miedoso?

—Tú eres un miedoso

—Bueno, muy bien, echaremos a fósforos, pero creo que estás chiflado.

Yo le di los fósforos, y Oscar sacó el largo. Por supuesto, ahora tenía yo que mostrarme a la altura de mi pacto. Miré allá arriba, por encima de mí. En el fulgor decreciente del poniente, allá seguía estando el animal, veinte libras de dinamita con cola anillada. Di unos golpecitos a Wowser como si fuera por última vez en mi vida, y empecé mi duro trepar por el esbelto tronco.

Subiendo árbol arriba, sin gran prisa por entrar en lucha con el mapache, tuve un golpe de buena suerte. La luna llena empezó a salir sobre un cerro de oriente, dándome un poco más de luz para mi peligrosa maniobra. En el extremo de la primera rama, el ultrajado animal tomó una actitud firme, mirándome de frente, con los ojos reluciendo tristemente a la luz de la luna.

—Voy a cortar la rama con mi navaja —dije a Oscar.

—¿Y luego qué?

—A ti te toca atraparla cuando caiga con las hojas.

Oscar sugirió que me faltaba algún tornillo. Pero se quitó su chaqueta de cotelé, y se preparó a echarse enci-

ma al mapache en un esfuerzo de vida o muerte por el que sentía poco entusiasmo.

Cortar seis centímetros de olmo blanco con una navaja bastante desafilada es un proceso laborioso, como no tardé en descubrir. Estaba en una postura agarrotada, sujetándome con la mano izquierda y dando tajos a la madera con la derecha. Y tuve miedo de que el mapache intentara precipitarse contra mí cuando empezara a partirse la rama.

La luna surgía pausadamente a través de los árboles, mientras que lentamente me salían ampollas en la mano derecha. Pero ya no podía achicarme. Desde allá abajo llegaban los gemidos de los cachorrillos mapaches, y de vez en cuando un aullido lúgubre de Wowser. Los sapos y las ranas del pantano empezaron su coro, y un pequeño búho chillón, que sonaba casi como otro mapache, añadió una onda espectral.

—¿Cómo vas? —me preguntó Oscar.

—Voy bien, prepárate a cazarla.

—Cuenta conmigo —dijo Oscar, con voz menos convincente que sus valientes palabras.

La rama del olmo blanco lanzó por fin un suspiro, se partió con un chasquido y bajó a la deriva hacia los matorrales.

Oscar lo intentó; hay que conceder ese mérito. Luchó durante cinco segundos con el animal, y luego se retiró con la chaqueta estropeada. Tres de los pequeños mapa-

ches, al oír la llamada de su madre, salieron rodando con sorprendente rapidez hacia los matorrales para seguirla, y desaparecieron. Sin embargo, Oscar fue lo bastante rápido como para envolver un cachorrillo en su gorra, única recompensa por nuestro esfuerzo: pero una recompensa suficiente, como el tiempo lo demostraría. Mirándolo de cerca, el bonito animalillo marcado está cubierto solo con la blanda piel gris de debajo, todavía con pocos de esos pelos defensivos más oscuros que más adelante se ven relucir en el mapache adulto.

Era el único mapache pequeñito que he tenido nunca en las manos. Al verlo enderezarse como un polluelo de codorniz, moviendo el hocico igual que un cachorro que busca la leche de su madre, me sentí a la vez abrumado por el éxtasis de ser dueño y asustado por la enorme responsabilidad que habíamos asumido. Wowser correteaba a nuestro lado, bajo la luz de la luna, acercándose a menudo a olfatear y lamer el nuevo animalito que habíamos encontrado: ese pedacito de malicia enmascarada que le había robado el corazón, a él como a mí.

—Es tuyo —dijo Oscar, tristemente—. Mi padre nunca me dejaría tenerlo. Hace solo unas semanas que disparó contra un zorrillo que tenía yo en el gallinero.

—Puedes venir a verlo —sugerí.

—Claro, puedo ir a verlo.

Caminamos en silencio durante algún tiempo, pensando en las injusticias del mundo, que hacían tan po-

cas concesiones para los mapaches y los muchachos de nuestra edad. Luego empezamos a hablar de todos los mapaches que habíamos visto, y de cómo alimentaríamos a este cachorrillo y le enseñaríamos todas las cosas que tenía que aprender.

—Una vez vi una mapache madre con cinco cachorrillos —dijo Oscar.

—¿Qué hacían?

—Ella los guiaba por el borde del río. Hacían todo lo que hacía ella.

—¿Como por ejemplo qué?

—Palpaban a su alrededor con las patas de delante; para cazar cangrejos, supongo.

En el horizonte había resplandores de relámpagos lejanos y un sordo estrépito de trueno, resonando como artillería a muchos kilómetros de distancia. Me recordó que todavía seguía la furia de la guerra en Francia, y que quizá mi hermano Herschel habría sido trasladado al frente. Sufría pensando en esa terrible guerra que mataba y hería millones de hombres, desde el año en que murió mi madre. Ahí estábamos nosotros, seguros y lejanos de la guerra, y preocupándonos por cosas tan pequeñas y poco importantes como si a Oscar le darían una paliza cuando llegara a casa, y el modo de alimentar y criar un pequeño mapache.

Al subir por la vereda hacia la granja de Sunderland, Oscar empezó a decir: «¡Bah, por qué me voy a preocu-

par!». Pero a mí me pareció preocupado. Al llegar delante de la casa, me desafió a ver si era tan valiente como para subir y llamar a la puerta. Mientras tanto, él se escondió en una mata florecida, esperando a ver lo que pudiera ocurrir.

Oscar fue prudente en dejarme a mí que llamara. Salió Hermann Sunderland como una tempestad, jurando en alemán y en sueco. Desde luego, estaba irritado con Oscar, y no parecía que me quisiera tampoco mucho a mí.

—¿Dónde está ese *bguibón* de mi hijo?

—No ha sido culpa de Oscar —dije—. Le pedí que viniera conmigo a dar un paseo, y...

—¿Dónde estagá *ahoga*?

—Bueno... —dije.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¿Qué *quiegues decig* con eso?

—Hemos cavado una madriguera de mapaches —dije, y aquí está uno que nos hemos traído a casa.

—Bichos malos —gritó Sunderland—; *verdamnte gusanos*.

Temía que el señor Sunderland hiciera salir volando a Oscar de detrás del matorral, pero en ese mismo instante la bondadosa madre de Oscar se asomó al porche de delante, con la luz de la luna brillando en su pelo, que empezaba a platearse.

—Vete a la cama, Hermann —dijo tranquilamente—. Yo me ocuparé de esto. Oscar, sal de detrás de esa mata.

Con sorpresa mía, el padre de Oscar obedeció mansamente, subiendo con una lámpara por aquella larga y os-



cura escalera del vestíbulo. Y la madre de Oscar nos llevó a la cocina, donde nos dio una sopa caliente y empezó a calentar un poco de leche a la temperatura que vendría bien.

—Tiene hambre este pequeño —dijo, acariciando al diminuto mapache—. Ve a traer una paja limpia, Oscar.

Se llenó la boca de leche tibia, se puso la paja entre los labios y la inclinó hasta la boca del pequeño mapache. Yo observé, fascinado, cómo mi nuevo animalito tomaba ávidamente la paja y empezaba a alimentarse con nodriza.

—Ya ves cómo come este pequeño —dijo la madre de Oscar—. Así es como tendrás que alimentarlo, Sterling.